

Cristo como vida y realidad para la edificación de la morada de Dios en amor

I. Conocer a Cristo como el Don de Dios que descendió del cielo para llenarnos de Él como el Agua Viva (Juan 4:1-10)

1. Volver al principio – Cristo como la vida y la realidad para la edificación de Su morada (Jn. Cap. 1; 1 Jn. 1:1-2; Ap. 2:4-5a)

Después de 17 años reuniéndonos en Los Rubios, pensamos que ya era hora de **un cambio**.

Espiritualmente, a veces, también necesitamos que haya un cambio en nuestras vidas. Muchas cosas empiezan bien, pero con el tiempo se van deteriorando o haciendo una rutina. Aún en el primer siglo, nuestros primeros hermanos empezaron llenos del Espíritu Santo. En Pentecostés todos los allí reunidos estaban llenos del Espíritu Santo y salieron afuera y predicaron la Palabra con poder, pero, poco a poco, vemos que esto se fue diluyendo, y al final del primer siglo muchas cosas habían cambiado y se habían convertido sólo en una tradición.

Entonces el Señor utilizó al apóstol Juan para escribir sus epístolas, el Apocalipsis, y especialmente ese evangelio tan maravilloso del que queremos hablar estos días. En sus escritos él nos habla de una manera muy sencilla para volvernos al principio.

Juan nos vuelve al principio, pero, ¿qué había en el principio? En el principio era el Verbo de vida, en el principio era Cristo (Jn. 1:1).

Volver al principio es volver a Cristo como la vida y la realidad, y no solo eso, sino como la gracia, la luz, el camino..., como nuestro todo. En estos días el Señor nos quiere volver a ese principio: Cristo como nuestro todo para

cumplir Su propósito, para satisfacernos a nosotros y para satisfacerle a Él, para la edificación de Su morada en amor y unidad.

Volver al principio es también, como nos dice Juan en sus epístolas, volver a experimentar y disfrutar a este Cristo: *“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida”* (1 Jn. 1:1-2). Este es el principio. Queremos volver a disfrutar a Cristo, volver a oír, ver, tocar y experimentar al Verbo de vida. Si en estos días hemos perdido algo de este disfrute, este es el momento para volver a oír, ver, tocar y contemplar a este Cristo maravilloso.

También al final, en Apocalipsis, Juan le dice, no solo a los creyentes individualmente, sino a toda la iglesia, y especialmente a la iglesia en Éfeso, que hagan las primeras obras (Ap. 2:4-5a), es decir, que vuelva al principio. ¿Y, cuáles eran las primeras obras? Volver al primer amor, volver a enamorarnos de este Cristo maravilloso. Estamos aquí estos días para volver a enamorarnos del Señor, para que nuestro amor por el Señor crezca aún más.

2. Cristo es todo lo que Dios nos quiere dar para cumplir Su propósito eterno y satisfacer todas nuestras necesidades y las Suyas (Jn. 4:10) – Cristo es el Don de Dios, Su regalo

Cristo es todo lo que Dios nos quiere dar para cumplir Su propósito eterno y satisfacer todas nuestras necesidades y las Suyas. Por eso, ¡cuánto necesitamos conocer a este Cristo!

En Jn. 4:10 cuando la samaritana se acercó al Señor, Él le dijo: *“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”*. ¡Si conocieras el **Don de Dios!** Él estaba allí delante de ella, y es como si le dijera: “No tienes ni idea de quién es la persona que está ante ti. No te lo puedes ni imaginar. No soy una persona cualquiera. Yo soy la Palabra de vida, el mismo Dios encarnado, la mismísima Palabra de Dios que se hizo carne. Yo soy Aquel que en el principio estaba con Dios, y soy Dios; el que creó el universo, los cielos y la Tierra, el Autor de la vida, el Señor de todo, ese soy Yo. Yo soy el Don de Dios que descendió del cielo, lleno de vida, gracia y realidad. Yo soy lo que Dios te quiere dar a ti para satisfacer todas tus necesidades”. La samaritana no lo conocía, pero, ahora, la pregunta es para nosotros. ¿Y nosotros? ¿Y TÚ? ¿Conoces el Don de Dios? ¿Conoces a esa persona que te dice: “Dame de beber”? ¿Sabes que Él es el Creador de los cielos y de la tierra, el Don de Dios que se ha hecho carne, como un regalo de Dios para ti? ¿Lo conoces y

experimentas en tu vida? Y, aún más... ¿Sabes, también que Él te está buscando, porque Él tiene también una necesidad? ¡Él también tiene sed!

Él no tenía que pasar por Samaria, pero pasó expresamente por allí para buscar a la samaritana. Necesitaba que le diera de beber. Él no tenía que pasar por aquel lugar, pero hizo todo ese recorrido “por Samaria” para encontrarte a ti. ¿Crees que el Señor tenía que venir a esta tierra, desde el tercer cielo, con lo bien que se tiene que estar allí, y pasar por aquí, solo para buscarte a ti? Siempre pensamos sólo en nosotros, pero, ¿y la necesidad del Señor? Él ha venido para que tú también le des algo. El Señor ha venido a esta tierra expresamente por ti. Tú eres importante para Él, para Su propósito. Tú puedes calmar Su sed. ¿No te lo has preguntado? En estos días le he pedido muchas cosas al Señor, pero, de repente, el Señor me dijo: “Yo también quiero algo de ti? Te quiero para un propósito. Esta palabra tiene que cambiar tu vida.

Aquí vemos dos principios maravillosos: el Señor te necesita a ti, y tú le necesitas a Él. Puede parecer algo extraño que el Señor necesite algo de nosotros, pero esto es lo que nos dice Juan 4. Él quiere que tú calmes Su sed, y calmar la tuya, y para eso quiere llenarte del agua viva.

Por eso, Él inmediatamente le dice a la samaritana: “*Tú le pedirías, y él te daría agua viva*”. Él te invita a que le pidas – “Pídele”. Si tienes sed, si tienes necesidad, pídele. Él está dispuesto a darte agua viva, la cual es Él mismo.

3. Recibir el Don de Dios para tener vida (Jn. 1:12; 3:16)

Él quiere darse y que lo recibas como ese Don celestial. Él vino como un regalo de Dios para ti. No sólo vino para ti sino para toda la humanidad. En el capítulo 1:11 Juan nos dice: “*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*”. ¡Qué pena! El Verbo de vida, el Dios todopoderoso y maravilloso se hizo carne y estaba allí para que la humanidad lo recibiera, pero no lo recibieron. Pero en el versículo 12 nos dice: “*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*”. A todos los que estamos hoy aquí, que hemos creído, el Señor nos ha dado un maravilloso regalo celestial, nos ha dado a Cristo. Todos hemos recibido este maravilloso Don. No porque seamos mejores que otros, sino por el gran amor de Dios. Todos podemos disfrutar el maravilloso versículo en Juan 3:16: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*”. Nos ha dado a Cristo como un don, como un regalo, para que tengamos en Él vida eterna. Tenemos que ser conscientes de lo que hemos recibido, ser

conscientes de ese Don de Dios; como el Señor le dijo a la samaritana: “¿Si conocieras el Don de Dios!?”. Estas palabras tocan mi corazón. ¿Cuánto conozco ese Don? ¿Cuánto experimento y disfruto ese Don? No es cualquier don, ¡No! Es el Dios creador, la Palabra viva, que ha descendido del cielo para mí y para ti como un regalo. ¿Cuánto conoces y disfrutas tú ese Don?

4. Conocer el Don de Dios y venir a Él para ser llenos del agua viva (Cristo) que nos satisface a nosotros y al Padre

Ahora, tú has recibido ese Don, pero esto es solo el principio, Él quiere llenarte. No sólo quiere que lo recibamos, sino **llenarnos de Él**.

Al igual que en el caso de la samaritana, Él quiere llenarnos con Su agua viva, con Su vida, quiere ser todo para nosotros, nuestra fuente, nuestra satisfacción. Quiere satisfacer toda nuestra vida. Cualquier “huevo” que haya en tu vida Él quiere llenarlo con ese Don, con esa agua viva maravillosa.

Por naturaleza somos personas insatisfechas, como la samaritana. Continuamente estamos buscando algo más. Probamos una cosa tras otra, pero nada nos satisface. Tenemos nuestros proyectos, anhelos, necesidades... ¡hay tantos deseos en nuestra vida! Los más jóvenes sueñan con terminar sus estudios, después su carrera, un master, tener un gran trabajo bien pagado, formar una familia, tener una casa..., pero cuando alcanzamos cualquiera de esas metas seguimos insatisfechos. Conseguimos el trabajo de nuestros sueños, pero seguimos insatisfechos. Conseguimos la casa que queríamos, o el esposo o la esposa, pero siempre estamos insatisfechos. Y no solo los jóvenes, también los mayores tenemos sueños. Algunos sueñan con la jubilación, soñamos con más tiempo libre, viajar... Creemos que esto va a satisfacer y llenar nuestras vidas, pero, he hablado con algunos hermanos que están jubilados y tampoco están satisfechos. Probamos cosas continuamente, como la mujer samaritana. Ella tuvo hasta seis maridos, pero nada pudo satisfacer su vida, porque nada que no sea este Don maravilloso puede satisfacernos. Por eso, tenemos que volver al principio, a disfrutar de este Don. Él es el único que puede satisfacer nuestras vidas. En este Don está incluido todo lo que necesitamos. Por eso, tenemos que venir a Él y pedirle agua viva, como dice el Señor: “*Tú le pedirías, y él te daría agua viva*”. Es imprescindible venir a Él y pedirle de todo corazón: “Señor, dame agua viva”. Este Don es el único que puede llenar y satisfacer nuestras vidas.

Sólo lo que Dios ha provisto para nosotros, Su Don, puede satisfacernos y ser para nosotros una fuente de satisfacción. Él es la solución integral para nuestras vidas. Nada de lo que hagamos sin Cristo nos va a satisfacer. Por

eso, tenemos que venir a Él y tomarlo hasta que nos llene y se convierta en nosotros en una fuente que salta (brota) para vida eterna. Entonces, no sólo nosotros estaremos satisfechos sino que Dios Padre estará satisfecho y el propósito de Dios se cumplirá.

La verdadera adoración es todo lo que brota de ese Don que hay en nosotros, todo aquello que procede de esta fuente, en espíritu y en verdad, que salta para vida. Cuando salta, llega al Padre, y lo satisface.

Un adorador es uno que ha aprendido a tomar y disfrutar a Cristo como ese Don de Dios, alguien para el que Cristo es todo en su vida. Ese Don que recibimos es el don o la ofrenda que le llevamos y agrada al Padre. Entonces, el Padre es satisfecho, nosotros estamos satisfechos y el propósito de Dios es cumplido. El Padre busca y se agrada en tales adoradores que tienen a Cristo como todo en sus vidas.

Todo lo que no brote de esta fuente, no satisface al padre. En estos días vamos a hablar del amor entre los hermanos y de la unidad, pero ese amor no es un compromiso o acuerdo entre personas, no se trata de que nos pongamos de acuerdo y seamos uno. Esa unidad, y ese amor, es el que brota de ese Cristo que hay dentro de nosotros. Por eso es tan importante que Cristo, como ese Don maravilloso llene todo nuestro ser.

“**¡Si conocieras el Don de Dios!**”. ¡Si conocieras qué Cristo tan maravilloso está dentro de ti! Al igual que la samaritana, no te puedes ni imaginar lo grandioso, maravilloso, excelente,... que es el Don que has recibido. Por eso, tenemos que conocer el Don de Dios y quién es esa persona que nos dice: “Dame de beber”, recibirlo, experimentarlo y ser llenos de Él. Al final, estaremos tan gozosos, que como la mujer samaritana, saldremos corriendo a contárselo a otros, y hasta dejaremos el cántaro allí. Ella quedó tan satisfecha, que el cántaro que tanto significaba para ella en un principio, al final, dejó de tener valor. Hay muchas cosas que para nosotros son valiosas, son nuestro “cántaro” del cual no queremos desprendernos, pero si tomamos y disfrutamos de esta agua viva, ese cántaro que tanto atesoramos se quedará allí y nos iremos satisfechos. También el Señor estaba satisfecho. Al final leemos un versículo que dice que le ofrecieron algo para comer y Él les dijo que no tenía hambre. Los dos vinieron con sed, pero al final, la samaritana dejó de tener sed y el Señor ya no tenía ni sed ni hambre. Ambos estaban satisfechos. ¡Sólo tenemos que beber de Él!

RMC